

Filiación y afiliación. Reelaboración de la novela familiar en familias adoptivas, grupos e instituciones*

*René Kaës***

El Recinto-Familia (o la Santa Familia embarazada)¹

LA VIRGEN ABIERTA de la colegial del Muro, en Morlaix (hacia 1390), fue probablemente encargada o comprada por la cofradía local de los tejedores que se reunían bajo la doble invocación de la Santa Trinidad y de la Virgen. Admirable ajuste de vínculos entre esos hombres, del entramado y de la cadena, y su obra de arte; sutil correspondencia de grupos en esta inclusión que la escultura, abierta en batientes de dos persianas, nos devela. Perturbadora representación ésta, de la Virgen-Madre, cobijando en su seno al divino grupo trinitario; a tal punto perturbadora que, por motivos que no fueron probablemente sólo teológicos, fue controvertida

* Una primera versión de este ensayo, inédito en español, fue publicada en la revista *Gruppo*, I, pp. 23-46, en 1985. Ha sido especialmente revisado por su autor para su publicación en el presente número de *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, dedicado a la temática familiar (traducción de José Perrés).

** Psicoanalista francés; Universidad Lumière, Lyon. Uno de los más destacados investigadores, a nivel teórico-clínico, en psicoanálisis grupal y en la conceptualización de los estatutos de "grupo" y de "sujeto de grupo".

¹ La expresión utilizada "l'enceinte-famille" resulta intraducible por la forma en que el autor logra condensar en ella fuertes niveles polisémicos, tanto a nivel semántico como aún en las homofonías del significante. La palabra "enceinte", en francés, apunta a diversos campos semánticos. Por un lado, como sustantivo, significa un cerco de murallas, un recinto fortificado, una cerca o cercado, etcétera. Es decir que figura siempre en sus diferentes acepciones la idea de *encerramiento*, a menudo voluntario y defensivo. Pero como adjetivo remite a "encinta", a la mujer embarazada. Como se verá luego en el desarrollo de este ensayo, Kaës no deja de hacer referencia a las múltiples significaciones de la familia embarazada, pero también al protector encierro dentro del recinto familiar (grupal, institucional). Por último, a nivel simplemente homofónico, la expresión utilizada puede fácilmente resonar como (y confundirse con) la "Sainte-Famille", la Santa Familia, clásica expresión de la que también se vale el autor para elaborar su rico entramado conceptual [T.].

y prohibida por el Concilio de Trento. No es por cierto por la apariencia de la estatua, ya que estando cerrada, la Virgen carga al Niño contra su seno. Pero abierta, el interior contiene al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, reunidos en la forma conocida como del Trono de Gracia. El Padre sentado ocupa el volumen principal y sostiene con sus brazos la cruz del Hijo. El Espíritu Santo los liga bajo la forma de la Paloma mensajera ubicada entre la boca del Padre y la madera del Hijo. Incestuosa y original escena grupal interna que contiene, vela y abre esa Virgen al Niño.

El arte, el sueño, el mito y el trabajo psicoanalítico nos hacen conocer los grupos internos que se externalizan y se proyectan en esas representaciones. El cuadro de Niki de Saint-Phalle, *El nacimiento rosa* (1964), representa otra figura más arcaica del grupo interno. El cuerpo materno está compuesto de objetos heteróclitos: bebés, aviones, arañas, animales, vegetales, objetos parciales conglomerados alrededor de la equivalencia explícitamente figurada del bebé-pene-heces.

En esas dos representaciones, el grupo interno que se da como tal, tiene por continente el cuerpo materno y los objetos que contiene, o que lo conforman, se hallan en relaciones de equivalencia o de ecuaciones parciales entre ellos.

La Madre está embarazada de un conglomerado o de un conjunto de personas ligadas entre sí por un vínculo específico: una familia. Las Vírgenes abiertas forman una notable figura de lo que se podría denominar una *metonimia materna*, organizadora de la familia: el Padre y el Hijo son una parte de la madre que los contiene al igual que al vínculo que los une.

La familia, como recinto y como embarazada,² es tanto el desplazamiento metafórico de la imago arcaica de la madre embarazada de la familia, como la inversión metonímica abismal que hace de la familia el continente paradójico de un continente que la contiene.

El protogrupo

He tenido ocasión de designar con este término (o con el de archigrupo) la representación más arcaica del grupo, compuesta por la conjunción de un fantasma intrauterino y de una escena primaria de los padres combi-

² El autor utiliza nuevamente la polisémica palabra "enceinte", que en este contexto optamos por traducir simultáneamente en su valor adjetivo y sustantivo [T.].

nados.³ Una representación tal me fue un día mencionada por un colega al hablar de un “groupele”.⁴ En sus dibujos, los niños representan un grupo de bebés que componen a una madre-bolsa que contiene a una familia. Ellos mismos, dibujando a pedido mío una familia y un grupo, se han “ausentado” de su representación: “Se dibuja a una familia-grupo”. El fantasma que sostiene esas representaciones es aquel, endogámico o partenogenético, en todo caso narcisístico, de una familia protista⁵ plena, de la cual es imposible desprenderse para venir al mundo y al Otro, sin poner en peligro contenidos y continentes encastrados. Esta relación de coherencia ha sido descrita por R. Laing.⁶

En este caso, y en las situaciones que conducen a una regresión hacia tales organizaciones, la indiferenciación es el principal peligro. Ésta sería un preludio a la catástrofe narcisística de la separación. El objeto (perdido) no está constituido. La familia como objeto (perdido) no puede representarse de otra forma más que como Santa Familia, masivamente idealizada. El odio que allí se desarrolla es el odio del límite, y con él, también el odio de la generación.

Filiación y generación

La filiación implica la relación de por lo menos tres generaciones sucesivas reconocidas como tales, y la referencia común a un mito de los orígenes. A esta doble condición, cada uno puede situarse en un conjunto de sujetos y reconocerse como habiendo sido engendrado y como capaz de engendrar. El advenimiento del sujeto de la filiación corresponde al em-

³ Cf. R. Kaës, “Los seminarios ‘analíticos’ de formación: una situación social límite de la institución” (1972), en D. Anzieu, A. Bejarano, *et al.*, *El trabajo psicoanalítico en los grupos*, Siglo XXI, México, 1978, pp. 103-106 y R. Kaës, *El aparato psíquico grupal* (1976), Granica, Barcelona, 1977, pp. 190-191.

⁴ Condensación de “groupe” y “couple” (grupo y pareja), facilitada por la homofonía de los significantes, en francés, sobre los que se apoya. Uno de los equivalentes en español de ese *lapsus* podría ser el improbable término “grureja” [T.].

⁵ El autor parece hacer referencia al *reino Protista*, postulado por el biólogo alemán E. H. Haeckel, como el de los organismos más simples con células individuales y eucarióticas [T.].

⁶ Para mayor desarrollo sobre este punto tan condensado véase R. Kaës *El aparato psíquico grupal*, *op.cit.*, pp. 314-319, apartado “La ‘familia’ según R. D. Laing” [T.].

plazamiento específico distintivo que ocupa en la coordenada de los contemporáneos, de los antiguos y de los nuevos. El conjunto se encuentra sujetado al mito fundador de la ascendencia, siendo el antepasado común figura original y portavoz.⁷ El reconocimiento de esta posición supone la reciprocidad de los emplazamientos generacionales. Con un mismo movimiento, el sujeto tiene acceso al origen y a la muerte, a la nominación y a la transmisión, a la función simbólica y al pensamiento.

La cadena de la filiación, transmitida de generaciones en generaciones, es entonces una cadena significativa de doble lectura: para el sujeto singular, y para el conjunto social e intersubjetivo de los que es necesariamente miembro. En esta cadena significativa, que se puede comprender como una cadena *asociativa*, algo tropieza con lo indecible, y aún más, sobre lo que no puede jamás ser significado: precisamente en lo que concierne al origen y a la muerte. El mito es un *ya dicho*, en lugar de un no-decible sobre el origen y la muerte, pero que, sin embargo, permite decir.

El mito drena los sueños sobre el origen y la muerte, el de los padres y el de los niños. Los endereza en el sentido común prescrito. En estos sueños encontramos tanto la degradación como el permanente resto diurno.

Filiación y reconocimiento

La filiación es reconocimiento y conocimiento: para los padres, del lugar del niño en la continuidad narcisística en la que son un momento del trayecto. La filiación es el reconocimiento de su propia posición en el orden de las generaciones; reconocimiento de que el deseo de los padres precede a la existencia del niño, reconocimiento del orden del deseo como no idéntico al orden de las causas. La filiación está marcada por el “tiempo de la caída narcisística” (A. Missenard), por la ruptura en la representación de sí como causa del deseo de la madre (P. Aulagnier), por el asesinato de la imago como condición de la individuación (J. Gilibert).

Este reconocimiento está también preestablecido por la inscripción del estatuto civil del niño, en el registro o en el árbol de los Antepasados. Signos de re-conocimiento previos a su advenimiento como sujeto de deseo, sujeto de la palabra, sujeto del grupo. Es en ese triple sujetamiento

⁷ P. Aulagnier, *La violencia de la interpretación* (1976), Amorrortu, Buenos Aires.

que cada uno y cada una es declarado(a), como conocido(a) y reconocido(a) hijo o hija *de*.

Si la filiación es el advenimiento del sujeto singular en el grupo familiar por el nombre que recibe a partir del sueño parental y de la designación del padre, es al mismo tiempo su cualificación como ser singular sexuado y mortal en el conjunto generacional. Entrar en la filiación, entrar en la parentalidad, es ser sexuado y mortal, como sujeto singular, pero es también tomar lugar en la cadena de la especie, en el conjunto generacional que, en tanto que tal, asegura la continuidad narcisística asexuada e inmortal.

Por ello la pregunta sobre la filiación tiene una relación con la del fin (el término, la muerte: *terminus ad quem*, el nacimiento: *terminus a quo*), y con la finalidad (el sentido, la meta, el origen).

Narcisismo y sujeto de la filiación

Quisiera subrayar algunos aspectos, puestos en evidencia por Freud, sobre la dimensión narcisística de la filiación. El narcisismo parental, escribe Freud, ha encontrado refugio en el niño. Correlativamente, el narcisismo del niño se apuntala sobre el de los padres, en el sentido en que se apoya en él, lo toma como modelo y deriva de él. Tenemos allí un bello ejemplo del apuntalamiento mutuo y grupal de una formación psíquica fundamental. El concepto de “contrato narcisístico” se refiere igualmente a la cuestión del sujeto de la filiación en su dimensión narcisística. La “razón” de este contrato tiene que ver evidentemente con la interdicción del incesto: importa por ello comprender bien la violencia que esta interdicción administra por cuenta del narcisismo de la generación.

Por esta violencia, la interdicción mantiene al mismo tiempo, y de un solo golpe, la estructuración del conjunto social (es decir, los distanciamientos en la diferencia que lo complejizan, tornando posible sus lazos internos y sus vínculos externos, asegurando su desarrollo o su supervivencia), y la identidad del sujeto singular, sexuado, mortal.⁸

⁸ La diferencia de sexos, la diferencia generacional y la diferencia de las culturas tienen sus propias especificidades y son generadoras de violencia propia y de obras propias. El grupo y la institución funcionan en relación a esas tres modalidades de diferencias.

El niño no puede constituirse como sujeto de la filiación más que en el encuentro con este tope de la interdicción del incesto y no puede advenir como sujeto más que habiendo sido antes soñado, incestuosamente, por sus padres. Sus padres son fundamentalmente su padre y su madre, pero también su parentela. Por ello la forma en que el niño fue soñado por sus abuelos, o por tal o cual tío, o por otro miembro importante de la parentela, puede llegar a tener un rol determinante en el sueño de los propios padres. Esos sueños predestinan al descendiente, en fantasmas de deseo cruzados, a ser la prolongación narcisística de la generación. La identificación con el objeto de deseo y con el fantasma inconsciente del Otro ubica así al futuro niño en una red de deseos en la cual su lugar de sujeto singular deberá ser encontrado. Freud ha subrayado cómo el nexo narcisístico de la generación es el punto espinoso del conjunto del sistema narcisístico. Es en ese contexto que enuncia ese doble estatuto del individuo: “El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie ésta”.⁹

Bajo ese segundo aspecto, el niño es el depositario del narcisismo parental. Es por ello que puede constituir para sus padres una grave herida narcisística que podrá entorpecer la realización de su propio fin. También puede suceder que el grupo sea el espacio de una puesta en juego de las apuestas vitales de ese narcisismo transgeneracional.

La afiliación reactiva y replantea la filiación¹⁰

Una mujer joven me solicita una psicoterapia porque dice tener miedo de transmitir la enfermedad de su padre a sus propios hijos: un cáncer que teme para ella misma. Habla de su familia como de un lugar seguro, donde nada puede sucederle. Por lo tanto, en donde todo puede suceder.

⁹ S. Freud, “Introducción del narcisismo”, vol. 14, 1979, p. 76. [En todas las ocasiones que el autor cite a Freud, en sus traducciones al francés, utilizaremos la traducción propuesta por J. L. Etcheverry en la edición Amorrortu de sus *Obras Completas*, Buenos Aires].

¹⁰ El autor utiliza el verbo “rejouer” (volver a jugar, volver a representar) cuyos matices intento verter, con los verbos “reactivar” y “replantear”, que cobran sentido a partir de los desarrollos del apartado [T.].

La divisa familiar es que nadie puede ser feliz si uno de ellos es infeliz o está enfermo. Muy pronto hablará de ella como de una Santa Familia. Entre ellos hay un “contagio”, una “afección” constante, transparente. No hay barreras, por lo que tampoco hay inmunidad. Más tarde, angustiada, soñará que la casa familiar estalla de llena y, al mismo tiempo, temerá los cánceres: del cuello, del seno. Hablará de su odio hacia todo lo que no es su familia, después de su asco a los contactos, de la piel, de las glándulas y de sus excreciones. Jamás tuvo la idea —ni siquiera la idea— de formar parte de un grupo, más allá de la familia, y especialmente su fratría. En su novela, han nacido juntos, los unos de los otros.

Quisiera desarrollar la proposición siguiente: toda afiliación a un grupo se funde sobre un conflicto con la filiación, con la novela de la filiación. Adherirse a un grupo es una manera de cuestionar la herencia, es una forma de suspenderla o de renegarla; en todo caso, de explorar otras posibilidades, de jugar un ideal que aseguraría mejor contra un ideal decepcionante. Por cierto es por el grupo que el adolescente puede constituirse como sujeto singular abandonando, renegando, rechazando, suspendiendo la filiación. Es éste un movimiento decisivo que el grupo facilita.

Así las relaciones de la filiación y de la afiliación se aclaran: por una parte, la afiliación es una *Aufhebung* de la filiación: su abolición imaginaria, su desviación (derive) y su reafirmación; el grupo y la institución escolar juegan una función separadora y constitutiva en esa superación; vuelven posible la constitución del objeto familia como objeto perdido.

Distinguir esos dos procesos me parece fundamental a partir, por ejemplo, de este punto de vista en el que un grupo o una institución no es una familia. Es importante cuestionar el análisis grupal y el análisis institucional en sus referentes fantasmáticos familiaristas.

Sabemos bien que no se trata de los mismos procesos ni de las mismas apuestas. Sugiero entonces oponer el grupo a la familia. Quiero decir que en nuestra adhesión a un grupo, se juega nuevamente algo de nuestra filiación. Recíprocamente nos prestamos a volver posible que se juegue nuevamente algo de su filiación, y de sus procesos de transmisión intergeneracional, cuando una familia se constituye con nosotros en un campo terapéutico grupal. Volvemos a poner en juego algo de nuestra filiación en nuestra afiliación a un grupo. En nuestra solicitud de afiliación a un grupo, encontramos lo que se constituye en pregunta en nuestra

filiación. Como si, por ejemplo, quisiéramos reeditar nuestra filiación imaginaria, volver a poner en juego nuestro origen, escenificar nuevamente en el espacio del grupo la novela familiar que nos ha permitido desprendernos del vínculo familiar y constituirnos como sujeto de una familia, pasando por la ficción que llegaríamos a tener *otra* familia, ideal. El grupo es el espacio en donde se vuelve a vivir esta apuesta a la cual la novela familiar, en un momento dado, ha permitido proveer una vía de desprendimiento. Aún si en el grupo existe “lo familiar”, nos topamos con el hecho de que no nos encontramos en un grupo de la misma familia.

Lo que nos enseñan los dibujos del grupo y de la familia

Hace unos treinta años solicité a niños el dibujo de un grupo y, después, de una familia. Mi hipótesis era que el grupo se representaría a través de la repetición o la perlaboración de las relaciones de objeto, de las identificaciones, de las imagos y de los fantasmas constituidos en las relaciones familiares. Mostrarían así la huella y el sentido de los conflictos, de las angustias y de los mecanismos de defensa asociados a sus deseos inconscientes dirigidos hacia los objetos familiares, padres, hermanos y hermanas. En efecto, los dibujos del grupo muestran que, notablemente en la edad prepuberal, está representado como la forma de relaciones opuestas, inversas o contrarias a las que para el niño caracterizan a la familia. Los dibujos del grupo aparecen como un instrumento revelador de los síntomas familiares del niño y como una modalidad de los conflictos de identificación y de ideales, ligados al objeto-familia. El grupo es mostrado como el que provee apoyos para preparar un desprendimiento del objeto-familia.

La familia de pares

La importancia que toma hoy en día el grupo fraterno en el imaginario y en la fantasmaticización de los “nuevos padres” y de las “nuevas madres”, indica que algo tropieza con la dificultad de elaborar lo que, en la herencia, pasa por el Edipo. Todo sucede como si el grupo fraterno, este sí,

podiera constituir un grupo parental y una instancia de filiación. Esta pregunta se desplaza y trata de volver a jugarse en el nivel de la horizontalidad afiliativa del grupo: el grupo sería, contra la generación y la diferencia que ésta impone, el lugar de un auto-engendramiento o de un engendramiento fraterno. El incesto se desplazaría de las relaciones intergeneracionales a la relación fraterna.¹¹ Bajo esta luz, la afiliación actúa en forma manifiesta contra la filiación: el grupo o la institución son garantes del mantenimiento narcisístico, de la inmortalidad, de la asexuación contra la muerte y la sexuación.

En lo que concierne a la filiación, la afiliación compone otro genitivo, un poco como las partículas nobiliarias sobredeterminan el patronímico: “Tal, hijo de ese grupo”. Se ve aquí la determinación megalomaniaca de la novela familiar y la sustitución de éste por la novela grupal, bajo el riesgo que el patronímico sea borrado en provecho del “grupo-nímico”. Podemos descifrar, en el gruponímico, uno de nuestros nombres secretos (encubiertos por el hecho de ser público), una de nuestras filiaciones imaginarias; de esta forma la afiliación es un asunto de desviación de la filiación, y de la familia, en provecho del grupo. ¿Debemos ir más lejos aún y considerar que las teorías del grupo como familia participan de esta novela?

Filiación de adopción y afiliación

Quisiera señalar ahora algunas particularidades de las filiaciones de adopción, relacionadas con la afiliación. En primer lugar intentaré atraer la atención sobre un aspecto paradójico de los sueños de padres adoptivos sobre el niño a adoptar.

El sueño paradójico de los padres adoptivos

Lo que los padres adoptivos sueñan en torno a ese niño, ese niño ya cargado en el cuerpo y en el sueño materno, ya inscrito en un mito y a menudo ya inscrito en un estatuto civil, es un sueño sobre un niño

¹¹ Sobre el complejo fraterno y la problemática narcisística en el incesto fraterno, cf. R. Kaës “Le complexe fraternel. Aspects de sa spécificité”, en *Topique*, n. 40, pp. 5-42.

paradójico. Un niño que, pese a estar por venir, ya está allí. Es también un sueño de padres paradójicos porque ese niño es y no es *de* ellos. Subrayo este genitivo porque a partir de esta situación paradójica algo puede aquí pervertirse, concerniente al incesto. Sin el apuntalamiento de su narcisismo en el sueño parental, no hay posibilidad para el niño de constituir su propia realidad psíquica. Lo que podría ser específico de ese sueño de los padres adoptivos, en cuanto a la filiación de ese hijo adoptado y ya advenido para otros padres, es el lugar y el destino que ese sueño hace al deseo de los otros padres, y a su propio deseo de adoptar/ser adoptados.

Encontramos aquí nuestra temática sobre la transmisión: la escena originaria como escena de la transmisión. La especificidad de la situación de adopción reside tal vez en la posibilidad para los neo-padres de fantasmaticar una escena primitiva en la que estuvieron ausentes y en la que se representan como excluidos. Los neo-padres vienen a tomar su lugar entre los otros padres, inevitablemente míticos, y el niño venido de otro lugar. Ese movimiento conduce generalmente a los padres adoptivos a situarse como niños que han imaginado en algún momento haber sido adoptados por sus propios padres, habiendo también ellos venido de otra parte.

Este relanzar la novela familiar, por parte de los neo-padres, resulta necesario para conservar el lazo de generación de la transmisión subjetiva (en el caso de los neuróticos: pudieron haber sido secuestrados, abandonados, ser el fruto de amores ilegítimos y prestigiosos, haber sido adoptados. En los psicóticos, en cambio, las cosas suceden de otra forma). Pero esa novela y ese sueño parental deberán encontrar sus conexiones con el mito que va a retomar, desde el lado del conjunto social, un escenario de emplazamientos y de asignaciones. El mito va a ubicar al niño en el conjunto social, según los términos de un contrato: ese niño deberá reanudarlo con aquel cuyo lugar toma, retomando el discurso que debe sostener para ocupar su lugar en el conjunto social. Pero es evidentemente en ese espacio, entre el lugar que les es solicitado de asumir y el discurso que sostendrá, que se va a constituir como sujeto singular.

El espacio del sueño es un espacio de sueños cruzados: sueños de los padres sobre su hijo, sueños del niño, sueños de los padres adoptando a ese niño y su propio sueño en tanto que niños "adoptados". Pero tal vez hay además otra especificidad: no solamente los sueños están cruzados

sino que también lo están los mitos. El niño que había quedado inscrito no solamente en un sueño, sino también en un mito, deberá ser reinscrito en un mito que no es tal vez el mito de la familia adoptiva. Esos múltiples cruzamientos asignan como tarea psíquica a la familia adoptiva de contener esos sueños y esos mitos cruzados, de elaborarlos y de transformarlos, más allá de los “verdaderos” y de los “falsos” padres.

Contener y re-contener: los “verdaderos” y los “falsos” padres

Todos los analistas han notado ese doble movimiento de reconocimiento y de denegación de reconocimiento del lugar y de la función de los padres adoptivos y de los padres biológicos:¹²

- Por un lado, los padres adoptivos son ignorados por lo que son en sus relaciones de deseo, entre ellos, y en lo que concierne al niño. A menudo son calificados como “falsos” padres, opuestos a los “verdaderos”. ¿Cuál es el estatuto de lo verdadero y de lo falso y el sentido de esta distinción?
- Por otro lado, los padres adoptivos son idealizados, en el mismo movimiento por el que los padres biológicos son dejados de lado. ¿Qué relación se establece entre la distinción precedente y este clivaje?

Ese doble movimiento corresponde a la dificultad de distinguir el registro de los padres imaginarios y de los padres reales, distinción que constituirá el destino del neurótico y el tropiezo del psicótico. Vemos aquí la dificultad mayor: el neurótico dispone de la posibilidad de hacer jugar en la otra escena, la del fantasma, sus vínculos con sus padres, *para desprenderse de ellos sin destruirlos*, el psicótico, en cambio, encuentra ese juego tachado por lo real. Se inscribe algo así como el desvío del origen,

¹² Por ejemplo, M. Audras: “Familles nouricières, familles adoptives et familles soignantes chez les psychotiques”, Mesa Redonda en el Congreso de Genética Clínica y Psicopatología, París, 4 y 5 de diciembre de 1981. [Kaës utiliza la expresión “padres sanguíneos” —literalmente “padres de sangre”—, que preferimos traducir por la expresión de “padres biológicos”, respetando la clásica oposición entre padres biológicos/padres adoptivos, tan difundida en la literatura especializada en la temática de la adopción.]

no en la fantasía de la novela familiar, sino en lo real, buscando un proceso de historización. Para llegar a ello, la violencia incestuosa consiste a menudo en reconocer que “esto es y no es una familia”. Se trata de poner en acto una *escena primitiva blanca*, crear un padre, un antepasado, reanudarse con el mito y la creación.

¿Se podría definir el componente materno de la parentalidad de adopción como la capacidad de contener un niño ya contenido, sin anular nada o destruir lo que, en el fantasma y en lo real, ya ha sido contenido?

¿Se podría calificar la dimensión paterna de la parentalidad de adopción por la función de separación que ella opera entre la madre biológica, la madre adoptiva y el niño adoptado, por el reconocimiento que el niño *no se formó en el cuerpo de la madre adoptiva, sino en el fantasma de deseo de los padres adoptivos?*

Cuando los padres adoptivos *devienen* psicóticos, ¿no vuelve a jugarse esta primera amputación padecida por el niño? Escribe P. Aulagnier: “La primera amputación que sufre el psicótico sucede antes de su nacimiento: él es para la madre el objeto de su propio metabolismo. La participación paterna, inaceptable, es negada. Él es a partir de ese momento, y durante todo el embarazo, el objeto parcial que viene a colmar una falta fantasmática al nivel de su cuerpo” (en J. Lacan, *Seminario sobre la identificación*, 2 de mayo de 1962).

Novela familiar, novela grupal

La novela familiar de los neuróticos

Para Freud (1909), la novela familiar contribuye a la tarea de tener que desprenderse de los padres. Fase previa, en donde el niño compara, critica y duda “del carácter único y sin parangón a ellos atribuido”.¹³ Toma de posición contra ellos. A ese resultado concurren, escribe Freud, las más intensas mociones de rivalidad sexual y el sentimiento de ser relegado y despojado: “La sensación de que no le son correspondidas en plenitud sus inclinaciones propias se ventila luego en la idea, a menudo recordada conscientemente desde la primera infancia, de que uno es hijo bastardo

¹³ S. Freud, “La novela familiar de los neuróticos” (1909), vol. 9, p. 217.

o adoptivo”.¹⁴ Esta idea constituye una respuesta a la concepción que se hacen del comportamiento hostil de sus padres. La novela familiar se produce en una evolución en donde el sujeto ha comenzado a tornarse extranjero para sus padres. Está sostenido por una actividad fantasmática particularmente importante que, en la época prepuberal, se apodera del tema de las relaciones familiares.

La actividad fantasmática que subyace a la novela familiar tiene entonces por cometido desembarazarse de los padres y de sustituirlos por otros, generalmente de un rango social más elevado. Freud pone en evidencia la dimensión de la envidia, de la venganza y de la hostilidad en relación con los padres decepcionantes. Subraya la función re-narcisizante de la idealización de los padres prestigiosos, el valor defensivo contra el deseo incestuoso en relación con una hermana por ejemplo, la representación heroica de sí, etcétera. Es que la novela familiar se presta a una utilización para toda suerte de tendencias, en razón de sus múltiples posibilidades, liberadoras y constructivas.

En efecto, la novela familiar sirve esencialmente a los procesos mayores de contra-identificación con el padre del mismo sexo en el tiempo de elaboración de los sentimientos de odio, después como formación del ideal del yo; tiene también un valor de reparación de las relaciones familiares amenazadas por los sentimientos de odio; contribuye por fin a la elaboración de la posición depresiva al separarse de los padres, en el momento de las identificaciones terciarias.

Se puede subrayar aquí la estructura intermediaria y transicional de la novela familiar en la medida que conlleva dos caras: una concierne al objeto (amenazado, amenazante, perdido) y la otra al narcisismo (el sufrimiento narcisístico provocado por los padres decepcionantes, la caída de la idealización). La novela familiar permite al mismo tiempo al niño estar en su medio familiar y desprenderse de él, conservarlo y desatarse de él, preservarlo de su propia hostilidad y de su ternura.

En tanto que construcción psíquica, la novela familiar es una ficción apuntalada sobre representaciones colectivas: cuentos, leyendas, mitos. Mantiene juntos el fantasma y su reasunción del lado de la cultura, pudiendo así ser reconocido como ficción.

¹⁴ *Ibid.*

Sucede de otra forma en la teoría o en la ideología, que no toleran la incertidumbre, ya que anuncian lo verdadero y lo falso. Del lado de la psicosis o de las estructuras psicóticas, no será cuestión más que de teoría familiar o de ideología familiar.¹⁵

La teoría familiar psicótica

Los psicóticos no construyen novelas familiares sino teorías familiares. Éstas no se dan como ficción. El niño, por ejemplo, en vez de inventarse una familia paralela idealmente buena se encuentra confrontado a un equivalente interno hostil de los padres. No existen para él entornos gratificantes, no estando la persecución afuera sino adentro: en la familia, en sí mismo, lo que para el psicótico es la misma cosa. La no-distinción entre el sí mismo y el objeto hace que el grupo familiar esté representado como desprovisto de centro y de continente. Está formado de elementos intercambiables que constituyen un conglomerado de formaciones indiferenciadas del Yo. Son núcleos tales los que aparecen en los delirios familiares, en ciertas fases de la vida institucional o en las obras literarias, como es el caso de las novelas de Ph. K. Dick.

A partir de un meticuloso análisis de los cuentos y las novelas de Dick, Marcel Thaon¹⁶ ha podido desprender el guión típico de las teorías familiares psicóticas: el sujeto pretende que no ha sido engendrado, sino construido por seres que le son totalmente extraños, para los cuales su propia existencia sólo importa en la medida estrecha de su utilidad. Él es un objeto construido y destruido por esos seres cuyo proyecto le es incomprendible. El entorno es persecutorio y falsificador: sus “padres” son falsos y, él mismo, es falso. Tales teorías familiares apuntan a las diferenciaciones intrafamiliares, a los vínculos y a los procesos de ligazón. El odio y la persecución se mantienen solos, sin protección del padre y de la madre que, por el contrario, destruyen (*el padre acechado, la hormiga*

¹⁵ R. Kaës, *L'idéologie. Etudes psychanalytiques* (1980), París, Dunod. Véase también R. Kaës y colab., *Contes et divan*. (1984), Dunod, París, (3ª edición de 1996, en la misma editorial).

¹⁶ M. Thaon, “La novela familiar psicótica”, en M. Thaon, G. Klein y colab., *Science-fiction et Psychanalyse*, Dunod, París, 1985.

electrónica).¹⁷ El grupo familiar es un grupo mecánico. Este ataque contra los vínculos no es tan sólo una defensa contra la fusión simbiótica, es un ataque contra el origen. Las teorías familiares psicóticas muestran a una familia cargada de odio, en la que los miembros rodeados de enemigos son extraños los unos a los otros como el padre y la madre, como el mismo cuerpo. Los “miembros” no son reconocidos como tales; no están ligados (ni deben estarlo) por el vínculo del deseo, no han sido engendrados por un hombre y por una mujer. Destruir el origen es suprimir el tiempo, el orden de las generaciones, el reconocimiento de los objetos o de los pensamientos, cuya paternidad no puede establecerse. En su lugar vienen el clivaje, lo falso y el simulacro.¹⁸

La novela grupal e institucional

En los grupos y en las instituciones, en los procesos de afiliación, podemos volver a poner en juego ciertos aspectos, o los fundamentos mismos, de nuestra afiliación y de nuestra novela familiar. Ya he esbozado las apuestas que se juegan a propósito de la adhesión a un grupo. Quisiera ahora partir de situaciones clínicas que han atraído mi atención en lo que concierne a la elaboración de la novela grupal de los terapeutas que trabajan en grupo.

El trabajo con familias e instituciones

He sido cuestionado a menudo por la dificultad que encuentran los terapeutas familiares (especialmente cuando trabajan en grupo) para dar cuenta de los movimientos intertransferenciales sobre los que se apoya el trabajo que efectúan. Desde el momento que se atrae su atención sobre las transferencias de los procesos psíquicos entre la familia (filiación) y el grupo (afiliación), los terapeutas perciben que han construido una novela grupal para su propio grupo, o que se han posicionado ellos mismos en la novela familiar de tal miembro de la familia, o aún de la familia entera.

¹⁷ “Le Père traqué, La fourmi électronique”, en el original, cuentos de Ph. K. Dick.

¹⁸ *Simulacres*, título de una novela de Ph. K. Dick.

Cuando se analizan esas construcciones en el grupo de los terapeutas, se produce un efecto de desprendimiento para la novela familiar de los miembros de la familia.

Una experiencia de esta naturaleza puede proveer un motivo para la teoría de la técnica grupal: el grupo de los terapeutas descubre por el análisis intertransferencial que perlabora formaciones psíquicas que pertenecen a los procesos y a la estructura familiar.

Otra situación me interroga con bastante frecuencia: cuando aceptamos ser terapeutas o analistas en un grupo y, *a fortiori*, en una institución, estamos casi siempre movilizados (o paralizados) por el fantasma (compartido) de ser el fundador. En las instituciones en donde el psicoanalista es convocado, suele ser casi siempre colocado fantasmáticamente en el origen de la institución.¹⁹ Encontramos aquí las características mayores de la novela familiar de los neuróticos: venganza y hostilidad en torno al fundador decepcionante, idealización re-narcisizante de un nuevo padre prestigioso, representación heroica de sí mismo (por ejemplo, en la vanguardia del progreso en el cuidado brindado a los psicóticos). La novela institucional es un momento decisivo en la elaboración de la posición depresiva y de la diferenciación interna en la institución (diferencias de generaciones, sexos, formaciones y funciones). La novela institucional permite a los miembros de la institución desprenderse de su influencia. Cuando aparece la novela familiar (o institucional) nuevas vías “eróticas y ambiciosas” (Freud, 1909) se abren para nuevas investiduras.

Crisis institucional y conflictos de afiliación

Hace algunos años acepté encaminar un trabajo de elaboración de una crisis que ponía en peligro a un grupo institucional asociativo. Algunos aspectos de esta crisis concernían a la partida de miembros del grupo y, sobretudo, al hecho que ese grupo no aceptaba más el ingreso de nuevos miembros. En el curso del trabajo mi atención fue atraída por ciertos rasgos de las novelas familiares de los miembros del grupo y por la novela institucional que las habían sustituido o transformado. Este análisis puso

¹⁹ R. Kaës, “Place, fonction et savoir du psychanalyste dans le groupe”, *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, 1-2, 1985, pp. 13-37.

en causa los ideales, las formaciones narcisísticas, las angustias de autodestrucción que prevalecían en esa asociación. Me pareció útil diferenciar el proceso de filiación del que corresponde a la afiliación. Cuando estamos en grupo, en institución, no somos una familia, sino que se reedita, en nuestra adhesión y en nuestra afiliación a un grupo, algo de nuestra filiación. Y lo que se juega allí entra en combinación o en conflicto con la institución, con la fundación y la herencia de lo que, en ese agrupamiento asociativo, nos reúne con otros semejantes. Este origen común co-heredado y co-construido, buscado, se sustituye a *otro* origen: el que concierne en primer lugar a nuestro origen familiar (no somos de la misma familia, aún si entre nosotros se observa la presencia de lo “heimlich”), pero también a nuestro origen cultural, nuestra posición genealógica, imaginaria o simbólica; en el Psicoanálisis, por ejemplo. Todo grupo y toda institución se fundan sobre un conflicto con otro origen, sobre una forma de borrarlo, de renegararlo, de olvidarlo; es decir, sobre un asesinato. Ese movimiento, que borra y que inscribe, es aquel que nos lleva hacia ese re-origen, hacia ese ideal, hacia esa *adhesión*.

Nuestros *otros* orígenes son los restos diurnos de la novela grupal (o institucional) que construimos cada uno y conjuntamente, en renegación o en despecho de nuestra novela de los orígenes familiares.

La novela grupal es una reasunción, una desviación y una negación de la novela familiar. Dice y enmascara la violencia original fundadora del grupo, dice del mito heroico de afiliación a la figura del antepasado fundador: justifica a posteriori el asesinato original de toda fundación,²⁰ de toda institución. Instituir un grupo, es matar a otro, al Antepasado, al Padre de los orígenes.

Construir una novela familiar (o institucional) brinda a los miembros asociados enunciados y figuraciones concerniendo al padre fundador, los ideales y las referencias identificatorias, narcisísticas y objetales, a través de las cuales los miembros se ligan entre sí y, en primer lugar, con el antepasado (o con la idea) fundador (a). La novela da una figuración discursiva al deseo de asesinato del padre y a la denegación de ese deseo en cuanto al propio padre; es decir, a la denegación de su origen en la filiación. Traza criterios de diferenciación internos y externos entre el

²⁰ Cf. M. Serres, *Rome. Le livre des fondations*, Grasset, París, 1983.

“nosotros” y el “no-nosotros”, los antiguos y los nuevos, los fieles y los infieles, los legítimos y los bastardos.

Así, como en la novela familiar, lo que la novela grupal o institucional representa es la pregunta del otro, del objeto y del deseo del otro. En un grupo podemos plantearnos las mismas preguntas en lo que concierne a nuestra aceptación o nuestro rechazo, experimentamos las mismas dudas en torno al fundador, en relación con su deseo, nos reaseguramos por las mismas ensoñaciones grandiosas. Por ese desplazamiento, le damos un nuevo destino a nuestra novela familiar. Tal es la apuesta, me parece, de toda demanda de afiliación a un grupo y a una institución.

El doble nacimiento

No alcanza con nacer *en* una familia, es necesario también nacer *de* la familia. Un segundo nacimiento es necesario para que el sujeto singular se constituya. Salir del recinto, del encierro familiar, es evidentemente privar a la familia-embarazada de su goce fálico; no lograr hacerlo es erigir la Santa Familia en Ídolo Salvador y/o en Persecutoria.

La afiliación grupal puede cumplir esta función separadora, de tercero. Pero el grupo puede también inscribirse en la misma continuidad endogámica. Entre los latinos *familia* designa la domesticidad, la familia por casamiento, filiación y adopción, pero también el grupo, la secta, la escuela, el conjunto de aquéllos que tienen un rasgo en común.

El rechazo de la generación y de la afiliación. De la herencia

La institución de la que hablé más arriba sufría por no desear recibir nuevas afiliaciones. Para desear afiliar, sostener identificaciones, engendrar la transmisión de una herencia, ponerla a prueba contra el asesinato, el rechazo y la apropiación, lo que importa es asegurarse de su propia filiación. La generación no es solamente prolongación narcisística, es también lo que amenaza el narcisismo. Rechazando nuevas afiliaciones, los miembros de la asociación se comportaban como una familia ideal que se contenta consigo misma y que evita a cada uno el ser cuestionado en su posición narcisística por nuevos miembros.

El rechazo de la generación, es también el rechazo del otro, del rival amenazante, el riesgo de la desilusión para el grupo maravilloso que formamos. Tal vez el odio de la herencia.

Para que la herencia sea heredada y que la transmisión sea transmitida, es necesario que la herencia sea tomada y transformada. He insistido a lo largo de esta introducción sobre la transformación, sobre la reasunción. Un tiempo para dar, un tiempo para tomar. En las últimas páginas del “Esquema del Psicoanálisis” (1938), que permaneció inacabado, Freud vuelve a citar la frase de Goethe: “Lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo”.²¹

²¹ S. Freud, “Esquema del Psicoanálisis” (1938), vol. 23, 1980, p. 209.